

ban distantes, en tierra extraña, huyendo de la desgracia, que como ave de mal agüero batía sus negras alas sobre los plomos del palacio real, amenazando al Trianon y á los que frecuentaban sus encantados jardines.

No se movía una paja allí. Ya no gira la rueda del molino, el viento sacude los batientes de las abiertas ventanillas, y la cara de pascuas y risueña del molinero ya no se asoma por ninguna parte. Ha cesado de ser rey el molinero del Trianon: los cargos y cuidados del reino han abatido su cabeza. La escuela también se halla desierta y el maestro no escribe sátiras y epigramas en la pizarra, sino que publica libelos y folletos contra la reina, la señora del Trianon. Y el lago artificial, á cuyas verdosas orillas pacían las ovejas y en cuyo césped los cortesanos, transformados en pastores y pastoras, acostumbraban echarse para cantar canciones ó escuchar la orquesta que tocaba oculta en la espesura, el lago, decimos, es soledad, ahora, y melancólico silencio. Recorre hoy María Antonietta las avenidas y sendas herbosas del Trianon, pero no alegre, risueña y ligera, como en otro tiempo, sino agobiada por los pesares, lleno el corazón de inquietud, la mente de lúgubres presentimientos.

Solo los antiguos habitantes del lago, los gentiles cisnes, aun navegaban sus aguas y apenas vieron á María Antonietta, acudieron con las alas entreabiertas y el cuello hecho un arco. Pero no cayó una migaja de las manos de la reina, como solía en mejores tiempos, y hasta aquellas aves, por lo general mudas, expresaron con un grito melancólico, el chasco que se habían llevado, retirándose á poco mas al centro del lago.

—Ella también me vuelven la espalda, huyen, y me dejan sola, sola! exclamó la reina suspirando.

Y estas palabras, que ella articuló en alta voz, las repitió en tono alegre el eco por allí formado artificialmente.

Sola! resonó en la pared de la torre de Mari-oroug, al extremo del lago; sola! dijeron las aguas agitadas por los cisnes; sola! gmiieron los arbustos movidos por el viento; solal dijeron los latidos del corazón de la reina, y se dejó caer en la yerba, se cubrió la cara con las manos y lloró amargamente.

En aquel punto se oyó una voz distante que decía: ¿la reina, dónde está la reina? Con cuyo motivo ella se puso en pié y se enjugó los ojos, no fuese que conocieran que había llorado, siendo así que las lágrimas suyas no debían correr en presencia de nadie, sino en la soledad.

Se acercaban la voz cada vez mas y María Antonietta hacía el rumbo de donde venía el sonido. Casi tenía la seguridad de que la aguardaban mayores desgracias. ¿Quién ya se ocupaba en traerle al Trianon alegres nuevas?

Apénas dió María Antonietta algunos pasos descubrió á través del bosque un hombre que corría en su busca, y le examinó de piés á cabeza con sus ojos penetrantes. ¿Quién era aquel mensajero de la desgracia? No por cierto uno de los servidores de la corte, no un individuo de la nobleza, sino un simple paisano, un hombre del pueblo, uno del Tercer Estado, que habia traído tantos disgustos y pesares á la pobre reina.

Habia leído él quizás la pregunta en su rostro, porque se echó á sus piés sin aliento y con labios balbucientes le dijo:

—Perdone V. M. si la molesto. Soy Toulan, criado fiel de V. M. y vengo en cumplimiento de un deseo de madama de Campan.

Toulan, repitió la reina recapitando. ¿No fuisteis vos quien me trajo la triste nueva de la absolución de Rchan?

—No parece sino que una cruel suerte quiere que yo sea siempre el portador de malas nuevas á mi augusta reina. No traigo otras hoy. —¿Pues qué ocurre? preguntó la reina asustada. ¿Le ha sucedido algo á mi marido? Mis hijos? Hablad. Sepa la verdad. Ha muerto el rey? ¿Están mis hijos en peligro?

—No, angusta señora.

—No? dijo la reina dando un profundo suspiro de alivio. Entonces solo tengo algo que agradecer. Injustamente habeis acusado vuestra suerte, porque esas nuevas son buenas. También tengo que agradecer el haber abogado en la Asamblea Nacional por la inviolabilidad de la reina. No tuvisteis la culpa, ni creo que la tuve yo. si nadie secundó la voz del señor Toulan. Declarada inviolable la persona del rey y no la de la reina, es claro que contra mí se dirige el ataque. Decidme pues, con franqueza lo que pasa. ¿Para qué os envía madama Campan?

—Para rogar á V. M. vuelva inmediatamente á Versailles.

—¿Qué ha ocurrido allá?

—Todavía nada, mi reina y señora, pero... estuve esta mañana en París y lo que allí vi me impulsó á correr al lado de V. M. y advertirla del peligro.

—¿Pero qué ocurre? Por qué titubeais? Hablad francamente.

—Sepa V. M. que todo París está en movimiento. El pueblo furioso marcha sobre Versailles.

—¿Qué quereis decir? Qué quiere el pueblo de París? Amenaza la Asamblea Nacional? Explicaoas.

—El pueblo de París tiene hambre. Los panaderos no han hecho pan anoche, so pretexto de que no tienen harina. Y los enemigos del reino se han aprovechado de este incidente para levantar las masas populares, en especial las mujeres. Dicen que tienen hambre y vienen á pedirle pan al rey en Versailles. Se cree que diez mil mujeres están en marcha, sin contar los hombres armados que las acompañan.

—Apresurémonos pues, señor, es preciso que yo corra al lado de mis hijos; dijo la reina empujando la carrera. Y sin volver la cara atras, sin decir una palabra de despedida á su querido Trianon, que estaba destinada á no volver á ver en su vida, se encaminó con pasos acelerados en direccion de Versailles.

Toulan seguía respetuosamente detras de María Antonietta, sin atreverse á dirigirla la palabra, ni pensar ella quizás en él, porque ya entonces solo se ocupaba de sus hijos, que quedaban en Versailles, expuestos tal vez á los insultos del populacho soez y desenfrenado.

Quando estaban á poca distancia del prado en el parque de Versailles, les alcanzó el conde de San Priest, en cuyas espantadas facciones y pálidas mejillas pudo María Antonietta confirmar las nuevas que le habia traído Toulan.

—Si place á V. M., dijo el conde sin aliento, me tomé la libertad de correr en su busca en el Trianon, porque han llegado malas noticias de París.

—Lo sé, contestó la reina con calma. Me ababa de decir el señor Toulan que diez mil mujeres marchan sobre Versailles y ya veis, acudo á su encuentro.

Se detuvo ella de pronto y volviéndose para Toulan, que seguía siempre detras á respetable distancia, le dijo:

—Señor, os agradezco vuestra eficacia y ya sé que puedo contar con vuestra lealtad. Estoy segura que hoy, como siempre, os habeis ocupado de nuestro bienestar, y que os mantendreis fiel á vuestro juramento. Adios! Vais á la Asamblea Nacional, yo al palacio, espero que ambos cumpliremos con nuestro deber.

Le saludó con una ligera inclinacion de cabeza y una sonrisa de gratitud y luego á pasos precipitados tomó el prado arriba en direccion del palacio.

Allí todo era desorden y consternacion, no habiendo nadie que conservara claros sus sentidos. Todos preguntaban, ninguno contestaba, porque el único que podia hacerlo con conocimiento de causa, era el rey, y se hallaba fuera. No habia venido aun de la caza en Meudon.

Pero á la llegada de la reina las cosas cambiaron de aspecto. Con gran calma y lucidez de entendimiento tomó á su cargo los honores del rey. En primer lugar despachó el caballero mayor, marques de Cubieres, á Meudon á fin de representar á S. M. la urgencia de su vuelta de la caza. Confió la guardia del patio interior del palacio al conde San Priest, ministro del interior, con una compañía de los guardias de corps. Inspiró valor á las damas y camareras; se sonrió con los hijos, quienes vista la confusion del palacio, corrieron á refugiarse en sus faldas.

Entre tanto se sucedían unos á otros los partes en Versailles, el último siempre mas siniestro que el anterior. Eran ni mas ni menos las aves que preceden á la tempestad. Anunciaban la aproximacion de las mujeres, mejor dicho del pueblo de París, pues que se le habian incorporado en sus filas infinitos hombres armados de fusiles, de cuchillos, hoces, hachas, palos, sin contar centenares de guardias nacionales que para dar á la masa aire mas imponente tambien se habian agregado, arrastrando dos cañones volantes y cantando canciones patrióticas.

Sin alarmarse ni mostrar temor oía la reina los partes, y como las damas y camareras la rodeasen llorando y torciéndose las manos, ordenó que se retirasen á sus aposentos y tuviesen cuidado con el deifin y los príncipes, para lo cual creyó bueno que cerrasen las puertas por dentro y no admitiesen á nadie, con excepcion de ella misma.

Se despidió de sus hijos con un beso en la frente de cada uno, recomendándoles valor y serenidad. Ni siquiera los siguió con la vista cuando se los llevaban las mujeres; bien al contrario, respiró con mayor libertad luego que salieron y se cerro la puerta tras ellos.

—Ahora suceda lo que sucediere, poco me importa; dijo ella á San Priest. Mis hijos estan en salvo. ¡Ah! Si el rey estuviese aquí!

Precisamente en aquella sazón se abrió la puerta y Luis XVI entró en la sala. Corrió á su encuentro María Antonietta y dando un grito de gozo se arrojó en sus brazos y apoyó en sus hombros aquella cabeza que poco ántes parecia tan erguida y valerosa.

—Ah! Sire, querido Luis, cuánto me alegro que hayas venido. Ya nada temo. Tú no nos dejarás perecer indefensos. Tú inspirarás valor á los que flaquean, y harás que cada cual cumpla con su deber. París en masa marcha sobre nosotros; pero Dios y la Francia están de nuestra parte. ¿No defenderás tú el honor de la Francia y tu corona de los ataques de los rebeldes?

—Debemos averiguar primero lo que quiere el pueblo; contestó el rey un sí es no es turbado é inclinado mas bien á ceder que á resistir. No es político amenazarle. Discutamos primero el punto con él.

—Sire, repuso la reina asombrada, bajarse á discutir con rebeldes es confesar que tienen razon, y no creo que hagas tú semejante concesion.

—Bien, quiero decir, que consultaré con mis consejeros; dijo el rey señalando para los ministros, quienes, llamados por San Priest, entraban en aquella misma sazón en la sala.

Pero no hubo tal consulta, por cuanto todos hacían proposiciones, cada cual apoyaba la suya, y no se adoptaba una, ni se ponía en ejecucion. La verdad es que ninguno tenia el valor suficiente para tomar sobre sí la responsabilidad y disponer lo que habia de hacerse, y entre tanto arreciaba el peligro por minutos. ¿Qué partido adoptar? Hé aquí el punto de la dificultad. El rey guardaba silencio; no así la reina que exclamó:

—Sire, tuya es la responsabilidad, á tí te corresponde salvar al reino, defenderlo de la revolucion. Aquí se va á decidir el punto, no hay medio de evitar la lucha. Llama las tropas á las armas, ponte á su cabeza y déjame acompañarte. No debemos ceder á la revolucion, y si no podemos dominarla ni impedir que entre en el palacio de los reyes de Francia, que no sea á puertas abiertas sino sobre nuestros cadáveres. Sí, sire, debemos vivir como reyes ó saber morir como reyes.

Pero á este arranque de noble valor y heroísmo, Luis contestó con palabras evasivas y rasgos si no de cobardía, al menos de lamentable timidez. Así el rey como sus ministros trazaron diferentes planes, los mismos que desbarataron tan pronto como les trazaron, y aun discutian el asunto, cuando empezó á resonar en sus oídos la grito salvaje de la multitud á las puertas del palacio.

Pálida, si bien serena, la reina se habia retirado al aposento inmediato. Allí se habia arimado á la puerta y escuchado la discusion del rey con sus ministros y los diversos partes de lo que pasaba en la calle.

Para entonces el pueblo llenaba las avenidas todas del palacio y los jardines. La guardia nacional de Versailles habia fraternizado con la de París, y ambas insultado á algunos soldados del regimiento real, y hasta echado abajo de sus caballos ó dragones de centinela.

Hasta se habian oído disparos de fusil en la gran plaza, en frente del palacio, gritos salvajes y aullidos feroces. Con tal motivo María

Antonietta abandonó el puesto junto á la puerta y se asomó á una de las ventanas que daban hácia París. Desde allí dominaba toda la plaza y algunas millas en direccion de la calzada de Versailles.

Lo primero que vieron sus asombrados ojos fué la espesa y oscura nube de polvo, que cubría la entera distancia del palacio á la capital, á unos cuantos pies del suelo, y por entre ella, caballos sin ginete corriendo por delante de la multitud; lo que indicaba bien que aquel había perdido los estribos y dado consigo en tierra, ó bien que siendo de los guardias de corps, el pueblo le había muerto ó derribado de la silla.

También no tardó en ver á través de la polvareda toda suerte de mujeres del bajo pueblo, con los brazos desnudos, el cabello desmelenado, las facciones descompuestas, las piernas al descubierto, gesticulando y amenazando con la mano cerrada. Y entre ellas, de bracero, hombres de cara feroz, con la blusa rota, las mangas arrolladas en los molledos, el brazo sucio y velludo, portando picas, sables, fusiles y demas armas ofensivas y defensivas, con que por lo comun se arma el populacho en las revueltas civiles. Lo que mas desazonó y alarmó á la reina fué la vista de los guardias nacionales brazo á brazo con los mujeres y al parecer dirigiendo sus movimientos.

La multitud en movimiento tal parecia una ola que amenazaba pegar contra el palacio y romperlo ó romperse; como en efecto sucedió; pues tropezó en las puertas y verjas de hierro que lo separaban de los jardines, y por entre ellas mujeres y hombres metían el puño y gritaban:—Queremos entrar. Tenemos que hablar con el panadero. Nos comeremos el corazon de la reina si no encontramos otra cosa que comer.

María Antonietta se alejó de la ventana. Su porte era grave y sereno, una sonrisa burlesca encogía su labio superior, llevaba la cabeza erguida, el paso firme y el aire digno que convenia á la reina de Francia. Así volvió á la sala donde poco ántes había dejado al rey en consulta con sus ministros, y encarándose con el primero le dijo:

—Sire, ahí tienes al pueblo. Ya es demasiado tarde para suplicarle, como querias hacer. Ahora solo resta defendernos y salvar la corona del delfin, aun cuando sea necesario para ello que caiga de tu cabeza.

—Lo que nos resta que hacer, repuso el rey con gravedad, es llamar al pueblo á la razon y empeñarle en el cumplimiento de su deber. Está engañado respecto de nosotros, excitado, es preciso conciliarle, mostrarle el interes que nos tomamos en su bienestar.

La reina, que no cesaba de mirar al rey y no acababa de asombrarse de su candidez, cuando acabó de hablar, dió un grito de dolor, volvió la espalda y fué al encuentro del príncipe de Luxemburgo, capitán de los guardias de corps, que entró en aquel momento en la sala; y le dijo:

—¿Vienes á decirnos que el pueblo ha tomado por asalto el palacio?

—Señora, contestó el oficial con calma, si tal hubiera sucedido no estaria yo aquí vivo en presencia de V. M. Solo por encima de mi cadáver podria la canalla penetrar en el palacio.

—¡Ah! exclamó María Antonietta entre sí.

Aun hay hombres en Versailles! Todavía hay valientes que nos defiendan!

—¿Qué noticias traes, capitán? le preguntó el rey acercándose.

—Sire, vengo á recibir órdenes, contestó el capitán bajando la cabeza respetuosamente. El populacho se ensoberbece cada vez mas, su insolencia se aumenta por instantes, miles de brazos fornidos sacuden las puertas, se le hacen disparos á los guardias, ruego pues á V. M. me faculte para repeler la fuerza con la fuerza.

—Nada de eso, capitán; dijo Luis. Vamos, ¿harias fuego contra un peloton de mujeres? Me parece que te chanceas, príncipe.—En seguida volviéndose para el conde de la Markk, que acababa de entrar, añadió:—Tú traes otras nuevas. ¿Qué sucede, conde?

—Sire, las mujeres desean hablar á V. M. y expresarle sus quejas.

—Les darémos audiencia; repuso el rey con viveza. Diles que escojan seis entre ellas mismas y tráelas á mi gabinete, que allá me encaminaré en breve.

—¿Qué, gritó María Antonietta echando mano á su marido por el brazo en el puno ó de salir de la sala, ¿qué, piensas darle audiencia á la revolucion? No, no vayas, no cedas á la magnanimidad de tu corazon. No permitas que estas furias manchen la dignidad real con sus asquerosas manos. Quédate aquí. Sire, si mis ruegos, si mis deseos, tienen algun peso para tí, quédate. Envía uno de tus ministros á tratar con ellas en tu nombre; pero no expongas la majestad á los insultos de la plebe. Mira que dar audiencia á las mujeres es darla á la revolucion; este será su primer triunfo sobre la monarquía. No vayas.

—He dado mi palabra, contestó Luis con amabilidad, y debo cumplirla. He mandado á decir á las mujeres que recibiré una diputacion de su seno y no les daré ocasion para propalar que las engañó el rey la primera vez que pusieron el pié en su palacio. ¿Ves? Allí viene el conde por mí.

Y sin decir mas el rey siguió los pasos del conde de la Markk, el cual acababa de llenar la órden que había recibido. Efectivamente, cuando aquel llegó á su gabinete, ya le esperaban seis mujeres de aspecto extraño, vestidas en trajes ordinarios y sucios de polvo, con el cabello descompuesto, algunos mechones del cual, les salian por debajo del birrete blanco, y que le clavaron los ojos no bien se les presentó delante. Pero el porte modesto del rey, el tono de su voz suave y amable, no parece sino que las llenó de sorpresa. Como quiera que sea, Luisa Chabry, la oradora, que había escogido las mujeres de la diputacion, no pudo hacer uso de otras palabras, que las mas blandas y moderadas, para pintarle á Luis XVI, las desgracias y escaseces que agobiaban al pueblo, rogándole mirase sus males con ojos de piedad y los remediase, si estaba en su mano.

—¡Ah! hijas mías, contestó el rey suspirando, creedme, no tengo yo la culpa de vuestras desgracias, ni es mejor mi suerte que la vuestra. Sin embargo, descuidada, ya dispondré que Corbeil y d'Estampes, encargados de los graneros, distribuyan entre el pueblo cuanto granos crean necesario para remediar la carestía. Si siempre se obedeciesen mis órdenes todas las

pasaríamos mejor. Si yo pudiera hallarme en todas partes, ver por mí mismo, si se cumplen ó no mis mandatos, no padeceriais vosotras miserias. Debeis reconocer al ménos, que vuestro rey os ama como un padre á sus hijos y que nada interesa tanto á su corazon como vuestro bienestar. Id con Dios, hijas mías, decid á vuestras amigas y amigos, que os mandaron aquí, que se muestren dignos del amor de su rey y que se vuelvan en paz á París.

—¡Viva el rey! Viva nuestro padre! gritaron las mujeres de la diputacion envanecidas y pacificadas, bajando á donde estaban sus compañeras y comitentes para darles cuenta de las palabras del rey.

Pero no produjeron estas el mismo efecto en las muchas que en las pocas. Antes gritaron:

—Tenemos hambre, queremos pan, no palabras bonitas. Nosotras no vivimos del aire. Denos pan el rey y entonces verémos si nos ama y nos quiere como padre, y nos volverémos á París. Mucho se engaña el panadero si cree satisfacernos con lindos discursos.

—Si él no tiene pan, que nos dé á su mujer y nos la comerémos á pedazos! gritó un hombre soez con una pica en la mano y el gorro encarnado en la cabeza. Ella se ha comido todo nuestro pan, justo es que nos la comamos á ella.

—Si, el corazon de la reina queremos, deseños el corazon de la reina! gritaron varias voces femeninas y masculinas en diabólica confusión.

Aquellas groseras exclamaciones llegaron hasta los oídos de María Antonietta, aunque no aparece que la alarmaron; solo sirvieron para que ella echase una mirada de recelo y desden á los ministros y á los señores que la rodeaban juntamente con el rey, y se estaban pálidos y nudos, como estatuas de mármol.

—¿Sé que esas gentes han venido de París á pedir mi cabeza; dijo ella con gran compostura y dignidad. Pero mi madre me enseñó á no temerle á la muerte y sabré afrontarla con valor y serenidad.

Y firme é impávida pasó María Antonietta toda la espantosa noche, que ya empezaba á envolver á Versailles con su negro manto. Con las sombras creció el tumulto. No cesaron en toda ella las canciones revolucionarias. Se encendieron muchas fogatas, y á su luz roja, que no parece sino que tendió á exasperar mas á la enloquecida plebe, bailaron las mujeres danzas fantásticas, al son de la grita que hacian los hombres ridiculizando al rey y amenazando de muerte á la reina.

A veces la luz de las antorchas, que tambien tenian encendidas para moverse de un lado á otro, se reflejaba en las ventanas, donde estaban los ministros y servidores del rey, en silencioso horror. Entre todos esos solo había un hombre.—María Antonietta. Fué la única que allí conservó serenidad y juicio: á todos animó, para todos tuvo palabras de consuelo y de esperanza. Mas de una vez trató de sacar al rey de su apatía y obligarle á tomar una resolucion decisiva y varonil. Pero ella era sola, y su elocuencia no bastaba á mover masas inertes—aqueellos hombres vergonzosamente acobardados ante el peligro.

Una vez se le iluminó el rostro de alegría y fué cuando se presentó Toulan á la cabeza de

varios diputados, que venian á ofrecer sus servicios á los reyes y pedir permiso para permanecer en tomo de ellos. Pero no bien se había pedido y concedido esta súplica, que se aparecieron dos secretarios de la Asamblea Nacional, para notificar á dichos diputados, en nombre del presidente, volviessen desde luego á su seno, pues la sesion era permanente y debía durar toda la noche.

—Nos retiran nuestros amigos, murmuró la reina, en su empeño de dejarnos indefensos.

A este tiempo llegaban á su colmo el ruido y desorden en la plaza. Se repetían los disparos de fusil, resonaban gritos espantosos entre descarga y descarga, y hasta tronó al fin el cañon. Siguióse una carga ó carrera de caballería, el chasquido de las armas, mas disparos de fusil y luego el lamento de los heridos.

Habiéndose retirado el rey para celebrar consejo con sus ministros y unos pocos amigos fieles, y al ruido, al estampido de las armas de fuego, al grito de victoria, se acordó de la reina, se levantó precipitadamente y corrió en su busca á la sala en que la había dejado.

No la encontró allí. En la desierta sala, como lenguas de sangre, arrojaban las fogatas de la plaza su luz siniestra, reflejando en las paredes las sombras espantables de las figuras humanas que se movian en la plaza.

Pasó por ella el rey de prisas, llamando á la reina en altas voces y como no le respondiese corrió á su gabinete, luego á su alcoba, todo sin fruto. No se encontraba la reina en parte alguna.

Tomó al fin el rey la escalera que conducia á los cuartos de los niños. Atravesó la antesala y pasó la puerta que daba al dormitorio del delfin. Allí Luis se quedó parado y mudo, con los ojos arrasados de lágrimas, á la vista del espectáculo que se le presentó delante. El delfin yacia dormido en su lecho, mientras una plácida sonrisa iluminaba sus angelicas facciones y María Antonietta se hallaba en pié á su lado en actitud de orgullosa serenidad.

—María, le dijo al fin el rey hondamente conmovido, María, te buscaba por todas partes.

—Volvió la reina hácia él la cara poco á poco y le dijo con calma:

—Sire, me hallaba en mi puesto.

—Dominado Luis por la sublimidad del amor materno, rodeó á su esposa con sus brazos.

—No te separes de mí, María, le dijo. No me dejes solo. Dame parte de tu valor y decision.

Suspiró la reina tristemente y sacudió la cabeza. No tuvo ella palabras de reproche para su marido, no le dijo que le creia destituido de valor y decision, pero sí le dió bien claro á entender que había perdido toda esperanza.

En aquel punto se abrieron ambas puertas del dormitorio del delfin: por la una entraron las damas de la reina; por la otra algunos señores de la corte, que querian tornase el rey á la sala de audiencia.

Pasado el susto, cada cual empezó á volver en su acuerdo, cmpitiendo todos en las muestras de amor y respeto al rey y á la reina. Participaron los caballeros que algo nuevo había acontecido y dado ocasion al tumulto y alboroto de la plaza. Había llegado la Guardia Nacional de París, la cual había fraternizado con la de Versailles y con el pueblo, con

cuyo motivo las mujeres dieron gritos de júbilo y los hombres hicieron descargas de fusilería y de cañón. El general Lafayette, comandante en jefe de las tropas ciudadanas, había entrado en el palacio á ofrecer sus servicios á SS. MM. y pedía audiencia.

—Vamos, señora, le dijo Luis á su esposa muy animado, vamos á recibir al general. Ves que las cosas no van tan mal como creías. Tenemos servidores fieles que acuden en nuestro apoyo.

No replicó la reina, sino que en silencio siguió al rey al salón, donde esperaba Lafayette, rodeado por los ministros y otros caballeros de la corte. A la entrada de los reyes el general se adelantó á recibirlos con un profundo saludo.

—Sire, dijo él cortésmente, he venido á proteger á VV. MM. y á la Asamblea Nacional.

—¿Estais seguro de la fidelidad y disciplina de las tropas á vuestras órdenes? Preguntó la reina fijando los ojos en el rostro de Lafayette como para leer sus pensamientos.

—Sé, señora, que puedo fiar en la fidelidad de mis tropas; contestó el general con la mayor calma y serenidad, pues no le turbaron la pregunta ni la mirada inquisitiva de la reina. El respeto que les inspiró me asegura, que mientras las mande, velarán por la seguridad del rey y de la reina.

Esta creyó descubrir en aquellas palabras altisonantes del general cierto sabor de burla, mas fingió creerlas. Sin embargo, como Lafayette repetiese con énfasis que ya no había que temer y que el peligro había pasado, se le dispó todo recelo. Al mismo tiempo, habiendo recibido él órden de restablecer la paz en Versailles con la Guardia Nacional de París y reprimir los desmanes del populacho, acampado en la gran plaza, le correspondía distribuir las guardias en torno del palacio con sus tropas. Y así lo hizo.

Satisfecho el rey con las seguridades de Lafayette y las medidas que tomó, la reina al fin tuvo que convenir en que no había aun nada que temer ni recelar. Para evitar todo motivo de queja y de peligro, dispuso Luis que los guardias de corps marcharan á Rambouillet, reservando únicamente la mitad de una compañía para llenar los centinelas del interior del palacio. Hecho esto, el general hizo la ronda en persona, acompañado de su estado mayor, y satisfecho de que todo estaba en órden, se retiró al palacio para pasar el resto de la noche y descansar de las duras fatigas del día.

También se había retirado el rey á sus aposentos, y los ayuda de cámara que le habían ayudado á desnudarse no habían dejado el cuarto, cuando por la ruidosa é uniforme respiración que salía bajo las cortinas de seda de la cama, conocieron que S. M. se había dormido profundamente. Había seguido la reina su ejemplo. Antes de reclinar la cansada y soñolienta cabeza en los cojines, rogó á sus camareras tiernamente se retiraran á descansar. Obedecieron, y al fin reinaron la quietud y el silencio en el lúgubre palacio de Versailles.

Solamente en las oscuras y desiertas salas, teatro poco ántes de escenas dolorosas y lamentables, continuaron resonando la grito, juramentos y maldiciones de la plebe rabiosa,

allá abajo, en la plaza. Es decir, que dentro del palacio, había vuelto á reinar la tranquilidad, fuera del palacio continuaban la confusión y el tumulto populares.

Duerme entre tanto, María Antonieta, duerme. Aprovecha la última hora de reposo y seguridad que te concede el cielo. Antes que luzca la aurora del nuevo día, ya te despertará el odio popular y volverá á resonar en las salas de los reyes de Francia, la ronca voz de la revolución ebria de sangre!

CAPÍTULO XIII.

LA NOCHE TRISTE.

DORMIA María Antonieta, habiendo agotado sus potencias la excitación del día anterior y el tumulto de la noche. La naturaleza, á veces compadecida de aquellos á quienes persigue dura suerte, les envía el sueño restaurador de vida y fuerzas.

A tiempo que dormía María Antonieta, reinaba la mayor calma en el palacio pues hasta Lafayette creyó que podría retirarse á descansar sin riesgo, como lo hizo, dos ó tres horas antes de la venida de la mañana. Pero entre tanto, abajo, allá en la plaza, la revolución no había cerrado los ojos, antes no apartaba sus miradas de hiena de las paredes tras las cuales dormía la reina.

Tanto había pecado la corona de Francia, tales habían sido sus errores y despilfarros por siglos enteros, que al fin el amor y respeto del pueblo se convirtieron en odio y rebelión. El mal venía de muy lejos, pero había llegado á su colmo en la época de Luis XIV y Luis XV, de los cuales el primero cubrió la Francia de un falso esplendor de gloria, y ambos abusaron del poder al punto de transformar el país en el exclusivo patrimonio de los reyes. Este estado de cosas era incompatible con las ideas del siglo que pasaba y con las de aquel que ya asomaba sus vivos resplandores en el horizonte del mundo. La insurrección se había hecho una consecuencia lógica de esas premisas. Los crímenes y pecados del pasado debían encontrar su castigo en el presente, y los hijos de la cuarta generación recoger la cosecha de desgracias que habían sembrado sus padres.

María Antonieta ignoraba todo esto; criada en la corte mas orgullosa de Europa en aquella época, jamás había tenido ocasión de pensar en las aspiraciones del pueblo, cuanto mas en si había ó no derecho de negarle hasta el aire que respiraba. Por supuesto, no tenía ojos para ver el abismo que se había abierto entre él y la corona. Aun cuando hubiera tenido ojos para verlo y juicio para sondear su profundidad, los cortesanos y aduladores lo habían cubierto con flores y con el ruido de las fiestas y bacanales habían sofocado los lamentos del pueblo.

Ahora desaparecían las flores de la boca del abismo, había cesado del todo el ruido de las interminables fiestas de la corte, y María Antonieta empezaba á ver claro su camino. Pero aun cuando no se le hubiera despejado la vista, aunque no hubiera caído la venda que empañaba la viva luz de su razón, las maldiciones y gritos de rabia del pueblo, su actitud amenazadora, no le dejaban duda de que los humildes

y obedientes vasallos se habían convertido de repente en orgullosos y atrevidos rebeldes. Con ojo sereno y firme midió la profundidad del abismo, vió claro el monstruo que allá abajo se alzaba pronto á destruirla á ella y á toda su casa. Pero no dió un paso atrás, ni cedió en lo mas mínimo. Mas bien que transigir con los enemigos del trono y refugiarse en sus brazos, sacrificando el orgullo y las ideas de casta, prefirió ser arrastrada por la corriente revolucionaria y hecha pedazos en la pedregosa cuenca. Mejor morir cien veces con la corona en la cabeza que vivir una eternidad privada de ella y en humilde condicion.

Tal pensaba María Antonieta, cuando á la caída de aquel espantoso día se había retirado á descansar; y la siguiente fué la súplica que pronunciaron sus labios luego que cayó en el lecho:

—Dame, Dios mio, fuerzas para morir como rema, si no puedo vivir como tal. Sobre todo fortifica á mi marido á fin de que sea no ya solo hombre bueno, sino rey también.

Con esta súplica en los labios se quedó ella dormida. Pero así que madama de Campan se acercó á su lecho para vigilarle el sueño, no obstante el tiento con que se aproximó, María Antonieta se despertó y dijo á su fiel camarera en tono amable:

—Ve á dormir, Campan, y haz que se acuesten las demas camareras. Despues de un día de tanta fatiga y sobresalto, todas ustedes necesitan descansar. ¡Es tan reparador el sueño! Ve, Campan. Buenas noches.

No podía esta ménos que obedecer, en consecuencia se encaminó á la antesala seguida de las otras dos camareras.

—La reina quiere dormir, les dijo, y nos manda retirar á descansar. Lo haremos así? Las dos mujeres sacudieron la cabeza y se alzaron de hombros, indicando que estaban á la disposición de la camarera mayor.

—Comprendo, agregó esta. Sé que estamos de acuerdo. No debemos dormir esta noche, porque tenemos que velar el sueño de la reina. Quedémonos en esta antesala, donde no tardará en llegar el señor Varicourt y contarnos lo que pasa fuera del palacio.

Dicha antesala estaba alumbrada por dos velas de cera, que apenas bastaban para poner en claro la confusión y el desórden allí reinantes á consecuencia de las idas y venidas, durante el día, de señoras, damas, camareras y ayudas de cámara. No había silla, almohadon, mesa ni divan en su puesto. En ella se habían apiñado casi todas esas gentes á un tiempo en busca de la reina y de allí habían pasado á la antesala de los aposentos del rey. Los de la familia real se hallaban á la izquierda del palacio y la reina ocupaba los inmediatos á la sala de la guardia Suiza.

No pudo ménos de pensar en esto madama de Campan luego que entró en dicha antesala y el pensamiento la hizo estremecer de horror. Como se tardase Varicourt, á quien esperaban encontrar allí, ni se oyese otra cosa que la vocería del populacho afuera, dijeron á madama de Campan sus compañeras:

—Volvamos á la alcoba, esta sala es muy lúgubre y los gritos y risotadas allá en la plaza nos dan miedo. ¡Ay! Dios! qué noche, qué noche!

—Sí, noche bien triste, contestó la camarera mayor. Dics quizá que no sea todavía mas horroroso el día que le sigue. Pero valor, amigas mías, todo depende de nuestra decisión, de nuestra impavidez en el peligro. Mucho espera de nosotros vuestra augusta señora.

—¡Eh! Aquí viene Varicourt; exclamó ella de pronto sintiendo abrirse la puerta con estrépito.

—Decidnos, amigo, agregó hablando con el oficial de la guardia Suiza que acababa de entrar de prisa. ¡Qué nuevas nos traéis?

—Malas, contestó en tono un sí es no es triste Varicourt. La multitud aumenta por momentos. Nuevas columnas han llegado de París y no solo está aquí el populacho, sino también los oradores de los clubs, los cuales desde luego se han puesto á perorar. La multitud se ha dividido en tantos grupos como energúmenos hay predicando el regicidio y la revolución á sangre y fuego. La noche es espantosa. Lo peor no es eso, sino que mientras la traicion, el odio y la maldad reman triunfantes fuera del palacio, dentro no descubro gran valor ni lealtad. Mas de un soldado del rey ya se ha pasado al enemigo.

—¿Pero qué quiere esa gente? preguntó madama de Campan. Por qué se ha acampado ahí á pasar la noche al cielo raso? Qué objeto tiene á la mira?

—El pueblo quiere lo que nunca alcanzará mientras yo respire y pueda mover un brazo; replicó Varicourt valerosa aunque melancólicamente. He jurado fidelidad á mis soberanos y se la guardaré hasta la muerte. Mas señoras, tengo que dejaros, el deber me llama á mi puesto al pié de la escalinata que conduce á esta sala. Se acerca la hora de cambiar la guardia. Nos volveremos á ver, si vivo, al amanecer. Yo no abandonaré la entrada, vigilad vosotras la alcoba de la reina.

—Sí, contestó madama de Campan, apretándole la mano al oficial de los Suizos, eso mismo acabamos de acordar nosotras. Velaremos y nadie entrará en el dormitorio de la reina, viviendo nosotras. ¡No es así, amigas mías?

—Así es, sin duda; contestaron las mujeres con decisión. —Adios, señoras mías, dijo el oficial de los Suizos reirándose. Cada cual á su puesto y oído alerta. Si oís la consigna,—es hora—despertad á la reina y ponedla en salvo, porque es evidente que ella corre peligro. ¿Oís? Suenan las tres. Voy á cambiar la guardia. ¡Adios!

Se encaminó de prisa á la puerta, mas una vez allí, se paró de pronto y echó una mirada en torno. Sus ojos se encontraron con los de su amiga, la cual entendió su mudo lenguaje, puesto que corrió á su lado y le preguntó:

—¿Teneis algo que comunicarme?

—Sí, contestó Varicourt en bajo tono, abrigo el presentimiento de que no sobreviviré á los horrores de esta noche. Conoceis aquella á quien amo, y que se interesa por mí; si caigo en el servicio del rey, os ruego veais á mi Cecilia y le digais que he muerto con su nombre en los labios. Decidle que no lllore por mí, ni me olvide tampoco. Pasadlo bien.

Abrió la puerta de golpe y desapareció escaleras abajo. Madama de Campan contruvo las lágrimas que ya le asomaban en los ojos y se reunió con sus compañeras.